

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 30 de julio de 1874.

Núm. 6.

TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ó realidad del Sér Supremo.

El es del Espacio, es el es de todo es; es así, que el Tiempo es ese es; --luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

Segun hemos prometido, empezamos hoy á publicar la refutacion del difunto obispo de Mondoñedo á nuestra teoría, —y continuaremos despues insertando las que se nos remitieron y remitan. Cuantos lo hagan dignamente, hallarán acogida en nuestra *Revista*, pues nosotros tenemos vivísimo anhelo por ilustrarnos en una cuestion tan magna: á los que no sean de nuestro modo de sentir en el debate, crean que al rebatirnos, si lo hacen victoriosamente, no les diremos no, al sucumbir intelectualmente en el circo *Ave Cæsar, morituri te salutant*, sino que, por el contrario, reviviremos pronunciando beatíficamente el *mea culpa*.

Pero, hoy por hoy, dudamos que toda la teología y toda la ciencia habida y por haber, nos demuestren que pudo ó puede existir un sér sin Tiempo y sin Espacio, —y no pudiéndolo demostrar, el dilema es elocuentísimo: ó el espíritu puro Tiempo y Espacio es la *realidad* ó naturaleza del Sér Supremo, ó el *ideal* deístico de todas las religiones y de toda la ciencia no es Dios, puesto que no *es por sí mismo*.

Este dilema es nuestro firme, nuestra trinchera frente á frente de toda la sabiduría humana. El que nos desaloje de esa posicion, nos vencerá: no desalojándonos de ella, sus refutaciones no serán otra cosa que fuegos sin objetivo, disparos perdidos, océanos de palabras donde naufragarán los controversistas sin que tengan más que miradas de lástima desde nuestra altura, —pues, francamente, nosotros en esta cuestion nos consideramos superiores á nuestra época.

Hé aquí la primera comunicacion ó carta confidencial que recibimos del prelado de la diócesis:

«Hay un sello con las armas pastorales que dice: Obispado de Mondoñedo, 8 de enero de 1867. —Sr. D. Benito Vicetto. —Muy Sr. mio: se me ha remitido, denunciándola, la entrega folios del 233 al 250 de la Historia de Galicia que está V. dando á luz. Una rápida ojeada me ha hecho ver con profunda pena

los muchos y graves errores Teológicos que se encuentran contra la fé, sana y verdadera doctrina católica. El buen sentido de V. y la clara inteligencia que se le reconoce, comprenderá facilmente la necesidad de retirar dichas páginas. En una obra de esta naturaleza bien pudo prescindirse de dar una idea de la naturaleza de Dios, de la de Jesu-cristo, de la conciencia, de la naturaleza de las penas de la otra vida etc., ó hacerlo del modo y manera que lo enseña nuestra santa Madre la Iglesia y sus Doctores. Es verdad que el hombre, de un conocimiento tan limitado, no puede comprender á Dios, que es infinito en todo género de perfecciones, pero los verdaderos sábios dan una idea en cuanto es posible y esto basta, y todos saben que Dios no es el tiempo, y que el tiempo tuvo principio que la Divinidad no encarnó ó se hizo hombre sino la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que *más allá* hay llamas materiales, que el Catolicismo no reconoce por padre á Platon, aunque este Filósofo enseñara muchas verdades.

Ya vé V. que no me he propuesto clasificar sus doctrinas con censura Teológica, sino indicar la necesidad de reformarlas en sentido católico ó mejor recojer la mencionada entrega. Espero que así lo hará V. por su buen nombre y que no me pondrá en el deber imperioso de una condenacion jurídica: es más, se lo suplico á V. con todo encarecimiento, como su atento amigo y S. S. Q. B. S. M.,

PONCIANO, Obispo de Mondoñedo.»

A los cuatro puntos principales que entrañaba esta carta atentísima de nuestro prelado, le contestamos, negando:

Que el Tiempo tuviera principio, puesto que la razon y la ciencia afirman que no hay espacio sin tiempo, ni tiempo sin espacio. Si al espacio no se le reconoce principio tampoco lo tuvo el Tiempo, porque desde que hubo espacio hubo *es, ser*, edad, tiempo, como se quiera entender la accion infinita de ser el mismo espacio.

Que la Divinidad, siendo como es la perfeccion de las perfecciones, no puede ser divisible en primera, segunda, tercera ni cuarta persona, ni aún idealmente; y que por su misma perfeccion, si alguna cosa le es imposible, es el hacerse *más* ó hacerse *ménos* de lo que es...

Que *más allá* no habia tales llamas materiales, porque no hay nada *material* en ese *más allá* quimérico donde se coloca al *Espiritu puro que está en todas partes*, porque resultaría una contradiccion monstruosa...

Y que no habiamos dicho que el catolicismo fuese hijo de Platon, sino el cristianismo; y no solo de Platon sino de Sócrate

que 465 años de nacer Jesucristo, proclamó la unidad de Dios y la fraternidad de la especie humana.

Naturalmente—colocados nosotros en el terreno de la ciencia, y el señor obispo de nuestra diócesis en el de la teología católica,—era imposible conciliarnos.

Pero nuestro buen pastor persistió en conducirnos al redil como ovejas descarriadas, —y no ya en carta confidencial, sino *de oficio*, nos comunicó las *amenazas* siguientes, —desviando e en esta muchísimo del perfecto cristiano, puesto que el manso cordero del Calvario jamás amenazó ni maltrató á nadie, y si adquirió prosélitos fué por la razón y la dulzura, nunca por las amenazas.

«Hay un sello con las armas pastorales. —Obispado de Mondoñedo —Cuando escribí á V. confidencialmente con el interesante objeto de que reformase en sentido católico, o se desdijese de las falsas, perniciosas y heréticas doctrinas que viene en la Historia de Galicia que está dando á luz, tomo 2.º, página 235 y siguientes, ó recogiese las entregas, si fuese posible; lo hice, á la vez que movido por mi ministerio pastoral, con el fin de ver si lograba cortar el mal en su raíz antes que se difundiese más, sin perjudicar á su nombre y á sus intereses. Con una sincera retractación plausible rectificación me evitaba V. el disgusto de tener que prohibir la obra y condenar con publicidad sus errores teológicos. Mas observando que estos se van divulgando bastante, y que en la satisfacción que V. intenta dar de sus doctrinas, aunque manifiesta deseos de repararlos del modo posible, insiste en sostener algunos de los mismos errores, y atendiendo á que la reparación ha de ser tan pública y solemne, cuanto haya sido el mal causado, me veo en la imperiosa necesidad de ordenarlo como le ordeno que inmediatamente y sin otra contestación, se desdiga de sus doctrinas, clara, distinta y categóricamente, respecto á la idea que da de la naturaleza de Dios, de la de Jesucristo y de la naturaleza de las penas de la otra vida. Esta retractación que exige el descargo de su conciencia, y por la cual se grangeará V. el aprecio y la estimación de todas las personas que tengan sentimientos religiosos, y de las que, aunque no los tengan, discurren con rectitud y no abrigan un depravado corazón; es una cosa muy sencilla: puede reducirse á esta fórmula ú otra parecida: «Me desdigo, retracto y condeno todos y cada uno de los errores, doctrinas y máximas perniciosas que por ignorancia he podido verter en la obra de la Historia de Galicia que estoy dando á luz, respecto á la naturaleza de Dios, de la de Nuestro Señor Jesucristo y de las penas del infierno. Y definiendo y creo firmemente todo cuanto sobre el particular confiesa y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia, única guía de la verdad en estas materias importantísimas de la religión.» Puede V. fundar la retractación en esta paternal y amorosa excitación y en el sincero deseo que tiene de

ser y aparecer verdaderamente católico, apostólico romano, dándole publicidad en la primera entrega que salga. Esta acción noble, expresión de una alma generosa que busca sinceramente la verdad, la han practicado ya muchos varones eminentes en santidad y en doctrina. Si es propio de la limitación del entendimiento humano poder caer en errores aún en las materias más triviales, es también un acto digno de alabanza siempre, y á veces heroico, el detestarlos después de conocidos. Nada más grande que la confesión de la verdad doquiera que se balle. Ya dije á V. que en una Historia de Galicia no pudo prescindirse de meterse á tratar sobre unas materias tan áridas; pero ya que lo juzgó conveniente debió sujetarse al Catecismo y á la enseñanza de los doctores de la Iglesia. Querir hablar ó escribir sin apoyarse en afirmación alguna, es exponerse voluntaria y necesariamente á los más graves y trascendentales errores, erigir el espíritu privado en autoridad, y profesar el espíritu de la secta protestante.

Con el fin de ver si consigo llevar el consentimiento á su inteligencia, he escrito la adjunta breve impugnación.

Espero que en vista de todo se ha de convencer á V. y detestar dichos errores y que me lo participará á la posible brevedad.

Dios guarde á V. muchos años. Mondoñedo 22 de julio de 1867.

PONCIANO, obispo de Mondoñedo.

Sr. D. Benito Vicetto, historiador de Galicia.

Hasta aquí el oficio pastoral.

B. VICETTO.

(Se continuará).

NOSTÁLGIA.

A LAS HADAS.

I.

Ni de la régia Alhambra, los mágicos jardines;
de la oriental Sevilla, los bosques de jazmines;
de Málaga la bella, su acento de benjuí;
de Cádiz sus hermosas, angélicas mujeres;
de Córdoba las lentas baladas de paces...
¡hadas, queridas hadas, nada me place á mí!

Del Africa española, las nubes de colores;
de Gibraltar las playas, los ricos miradores;
de Zaragoza el Coso, y el mar desde Monjuich;
la Vega de Toledo, de Bidjóz las noches;
las flores de Lisboa, con matizados broches...
¡hadas, queridas hadas, nada me place á mí!

II.

¡Llevadme en vuestras alas hácia la patria mía,
que escuche de sus aves la dulce melodía,
que vea sus pñascos cubiertos de verdor,
sus rios espumosos, sus fre-cas enramadas,
sus plácidas auroras, sus gratas enseñadas,
y no saldrán del pecho sus piros de dolor!

Llevadme en vuestras alas... y allá por las mañanas
que vea en sus riberas v gar las aureanas
cogiendo en las arenas brillante cro de Oúr;

y vea en las vertientes cruzar á los pastores;
y vea en las bahías bogar los pescadores
rasgando con sus barcas el trémulo zafir.

¡Llebadme en vuestras alas... que vea sus enliestas
montañas, entre valles orlados de florestas,
precipitando saltos de límpido cri tal;
que vea entre las sombras de lúgubres misterios
sus góticos castillos, sus calvos monasterios,
que aferra con sus garras la liedra sepulcral!

¡Llebadme á mis montañas... que vea sus estrellas
y en el azul del cielo las argentadas lunas
que al declinar los días esmalta el sol allí;
y el azahár respire del cáliz de sus flores;
sorprenda sus secretos, sus públicos amores,
amores que las auras refieren sólo á mil.

¡Llebadme en vuestras alas... Bajo la parda niebla
que, errante, sus forjados defensores puebla;
yo cantaré epopeyas de glorias y de amor:
yo, sin inspiraciones en otros horizontes,
al recorrer los castros de sus altivos montes,
en mi lecho de nubes seré su troyador!

¡Llebadme en vuestras alas, ya que doquier distante
de sus queridas costas lloré siempre anhelante,
muriéndome de pena cuando me veo así;
y al dejarme en las rocas de alguna mansura
si allí nadie me quiere, muerta la madre mía,
yo moriré besando la tierra en que nací!

BENITO VICETTO.

Barcelona.—1863.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL PUENTE DA.

I.

El castillo de Parga.

Las altas montañas de Villaraza y Lagostelle,
cónicas y pizarrosas, dibujan en el azul del cielo sus
gigantescas proporciones—y presentan por donde
quiera sus áridos flancos, despojados de un árbol ó
planta que revele vegetación alguna.

Las rocas se agrupan en sus pendientes suspen-
didas las unas sobre las otras; y se miran con hor-
ror aquellos enormes aludes de granito que parecen
precipitarse de las espantosas crestas.

Es sumamente triste la perspectiva de estas
montañas que se lanzan al espacio con sus frentes
coronadas de rocas ó de nieve, en medio de aquel
terrido de Portovello tan cubierto de alamos,
castaños y noales; salpicado de risueñas casas, y
cortado por los serpenteantes ríos que van á morir
al Mendo y al Mandeo, resbalando dulcemente por
un lecho de flores.

El viajero que, siguiendo la carretera general
de la Coruña á Madrid, se interna entre aquellas
sinuosidades pintorescas, no podrá ménos de notar
el singular contraste que forman los esteriles y
negruzcos flancos de Villaraza y Lagostelle con
las tendidas y bellisimas llanuras de Portovello.

Desde que costea la cuesta del Sal y pierde de

vista el océano, hasta la agradable aldea de Gui-
tiriz, los innumerables paisajes que presenta á su
vista la estructura geológica de aquel territorio,
quedan olvidadas ante la majestad sombría de
aquellas montañas, que surge notando de su aspecto
como del poético contraste con las llanuras en
que se levantan.

Poco después, cuando la silla-correo las deja á
derecha é izquierda y penetra en Guitiriz, otros
paisajes vienen á arrebatár su atención en ese ál-
bum pintoresco que llaman el antiguo reino de Ga-
licia, y que tiene por hojas montañas en pos de mon-
tañas, todas distintas y variadas; y ríos, y torrentes,
y cascadas que como cintas de brillante plata se
adhieren al vistoso verdor de sus desfiladeros y
pendientes empinadas.

Una vez en Guitiriz, su lago azul y las monta-
ñas que lo limitan por la parte de occidente, es
otra hoja de ese álbum que recorre, y quizá en la
que más detenga su mirada.

Después, satisfecha ya su curiosidad topográfi-
ca, rueda la silla por el puente Da que está á la sa-
lida del pueblo, y otros paisajes, y otros bocetos
irá desarrollando el panorama montuoso, que excitar
á su atención sucesivamente, hasta que pasado
el territorio del Vierzo, los paramos de Castilla na-
da ofrezcan á su spleen de viaje.

Pero el viajero ansioso de leyendas de encanta-
mientos y batallas, de tradiciones caballerescas de
los siglos medios ó de tradiciones locales contempo-
ráneas, no podrá ménos de hacer alguna pregunta
relativa al extraño nombre de aquel elegante puen-
te de piedra sillera que tan graciosamente se le-
vanta á la salida de Guitiriz.

Y en efecto, ¿no os llamaría la atención ver un
puente bautizado con una sílaba, DA, que parece
la última palabra de un mártir de resignación á su
verdugo?

A mí al ménos me ha parecido esto; é indagando
la historia y la tradición, la historia y la tradi-
ción corroboraron mi idea con un drama.

¡Un drama!... sí; el drama que voy á escribir,
un drama del tiempo del feudalismo; un drama que
concluye con esa palabra DA, nombre del puente.

Cuando yo, muy jóven aún, recorrí aquel país,
no en silla-correo ni en diligencia, sino á pié y con
un «cicerone» que ora tomaba en este desfiladero
para dejarlo por otro al pié de una ermita ó de un
convento; cuando yo, deseoso de llenar mi álbum
de tradiciones caballerescas de los siglos medios,
corría de ruinas en ruinas para arrancarlas los
suspiros y las lágrimas que costaban; cuando yo,
en fin, ginoso de resucitar las leyendas pavorosas
de la edad media, me sentaba al pié de los castillos
feudales arruinados, y en los precipicios de mis
montañas; pase el puente Da, y pregunté por qué
aquel puente tan firme y acabado se llamaba así.

—Ahora vereis por qué; me contestó el guía.

Y me condujo por detrás de unas colinas hacia
las ruinas del castillo de Parga.

Una vez allí, me contó la tradición del puen-
te Da, que como no pertenece á la historia de los
reyes, no figura en la historia nacional; pero sí en
la historia del bogar doméstico, esas historias de las
négras y heladas noches de invierno, cuando los
habitantes de nuestras montañas no pudiendo so-
portar el frío ni aún en sus pobres camas, se reu-

nen en derredor de las hogueras que levantan en la pieza más grande de sus casas bajas.

He aquí la tradición caballeresca á que me refiero.

II.

El escudero.

Los torneos y romerías suspendidas por largos años en las montañas de Galicia, á mediados del siglo XV, con motivo de la esferescencia que reinaba entre sus habitantes, durante el terrible y desastroso período de la guerra de las comunidades ó hermandades que terminó con la muerte del mariscal Pedro Pardo de Cela en 1484; todas esas fiestas en fin, en que la nobleza del país desplegaba sus brillantes galas y hacía ostentación de sus riquezas, volvieron á celebrarse de nuevo una vez sosegados los ánimos harto tiempo perturbados, y una vez que la lozana vegetación de aquel territorio se encargó de cubrir con flores las manchas de sangre y de fuego con que la revolución dejaba impresa la huella de su paso devastador.

Más confiados los señores feudales en sus castillos, se determinaron á licenciar parte de sus gentes de armas, y había algunos que como el de Villalba, tan solo con un centinela en la torre del homenaje, se creía suficientemente asegurado de cualquier golpe de mano, atendido el estado de seguridad que reinaba después de la conmoción popular de «los hermanos de Galicia,» pues solo quedaron algunas que otras pequeñas partidas de seis á ocho hombres lo más, y que robaban en los puentes y en las encrucijadas sin invocar otro mito político que su necesidad ó su miseria.

Era por el mes de otoño. Acababa de salir el sol, y un viento frío y queumbroso penetraba por las góticas ventanas del castillo de Parga, y los nogales y castaños que se elevaban en torno agitaban sus desnudas ramas, alombrando el suelo con sus hojas amarillas, secas y resvaladizas.

No obstante el fuerte viento que reinaba, no era tan sombrío y lúgubre el aspecto del día que los dorados rayos del sol no embelieceran la campiña con ese tinte melancólico y poético que imprimen al verdor de sus soledades y á los rizados espejos de los pequeños riachuelos que van á morir al Parga, en esas mañanas de otoño, ricas de luz y de vida, que parecen una nueva primavera.

Poco á poco la niebla se fué perdiendo en las cumbres de las montañas, disipándose al calor del sol; el viento cedió gradualmente, y los pájaros trinaron en la enramada sus baladas de otoño, tristes y melancólicas, en armonía con la escena.

B. VICETTO.

(Se continuará.)

A B L L A.

Entre la agreste armonía
del arroyo, que al verterlas
baña la arboleda umbría
con la lluvia de sus perlas

en mares de argentería,
Oigo una voz argentina
y con ciego frenesí
que todo mi sér domina,
la juzgo tu voz de ondina
que me dice— ¡te amo, si!!

Quando estremece en las flores
su pluma de colores
el canororuiseñor,
y murmura sus amores
por el césped gemidor,

El alma de angustias llena
del triserial de su pena
busca el oasis allí,
y oye una voz de sirena
que le dice— ¡te amo si!

Quando el céfiro murmura
besando las gayas flores
y suspira en la espesura
al aspirar con dulzura
la esencia de sus olores,

En sus alas, que la rosa
con su aroma perfumó,
dulce, grave, melodiosa,
dice una voz misteriosa:
¿Quién te amará como yo?

La mente entónces delira,
el alma triste suspira
por la hermosura que adora,
y en las lágrimas que llora
baña paloma mi lira:

Recobra al fin la razón
su poder, y el corazón
dice animando mi sér:
¿Crees que exista esa pasión
en corazón de mujer?

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA.

1855.

LITERATURA GALAICA.

EL LAGO DE LA LIMIA.

Con harto desden se miran en nuestro país ciertos libros, para que no creamos de nuestro deber llamar sobre ellos la atención pública, y con un bautismo purificador, si así puede decirse, lavarles del pecado original con que vieren al mundo. Muchos son los que creen que una novela no es más que un libro, con el que, cuando más, se puede pasar el tiempo agradablemente, y otros, sin embargo, creen estos libros perjudiciales; porque, para unos enseñan muchas veces cosas que se deben ignorar, y para los demás no enseñan nada. Entre estos dos y tan opuestos pareceres ¿quién tiene razón? creemos que ninguno. Si la novela no sirve más que para hacernos perder el tiempo que gastásemos en su lectura, desde luego debíamos condenarla, pero si enseña alguna cosa, si quiera sea de esas que han dado en decir que se debe ignorar, entónces no será tan inútil como generalmente se pretende probar por ciertos hombres. ¡Que no enseñan! que enseñan cosas malas!... ah! en el modo de ver esas cosas, es donde encuentra cada uno su bondad ó el perjuicio que ocasionan!

Vamos á hablar del *Lago de la Limia*, de una novela del Sr. Vicetto, de una novela que, como los *Hidalgos de Monforte* y otras muchas del mismo autor, está consagrada á un objeto noble, digno de la persona que lo ha intentado hace tiempo y que jamás lo pierde de vista.

Juzgando la segunda novela, hemos dicho que el espíritu de provincialismo habia sido su inspiracion: lo mismo podemos decir de la primera, y de todas cuantas de la pluma de este hijo de Galicia salgan. Todos los que amen de corazon nuestro pais, todos los que se sientan poseidos de un noble orgullo por haber nacido bajo su hermoso cielo, todos los que entiendan de los males que le aquejan y entiendan asimismo de los medios que se necesitan llevar á cabo para regenerarle, para levantarle de su muda abyeccion, conocerán que aquel escritor que tiene por norma en todos sus escritos resucitar nue tras pasadas glorias, para echar de este modo las bases de nuestra regeneracion, que sólo se conseguirá cuando el espíritu de provincialismo prevalezca en el corazon de los hijos de Galicia, ese escritor es el que con más cariño debe ser mirado por sus hermanos de desgracia, y el que más digno se hace á la consideracion de su pais. Por estas razones, para que no halle siempre la helada indiferencia á su pais, para que su corazon tome nuevos bríos y concluya su obra comenzaba ya en *Cristina*, en donde, como en una fábula digna de atencion, se oculta el dolor, bajo la mascara de la burla, en donde se cubren de un negro sambenito ideas queridas, ocultas en lo más recóndito del corazon, y que al arrojarlas al público, tienen que vestirse como histriones y llamar de este modo la atencion sobre sí, porque ménos felices que el *Figaro* de Beaumarchais, tienen que llevar no el sello de la burla sino el de la locura: por estas razones pues, vamos á ocuparnos del Sr. Vicetto, esa inteligencia literaria, consagrada eternamente al enaltecimiento del pais que le vio nacer. Ya se halle á orillas de ese mar hermosísimo, ya su pise en pais extraño por las nevadas montañas de su patria; en donde quiera que esté, allí se oye su voz, allí se exala su gemido, voz y gemido que pertenecen á Galicia, porque su memoria querida acompaña al desterrado allí donde vaya con su lira y con sus recuerdos. Poeta siempre, en sus versos ó en sus novelas, evoca nuestras glorias, levanta del polvo del olvido perdidas tradiciones, y de este modo vemos, que las misteriosas creencias, las revoluciones ignoradas, las secretas conspiraciones de una juventud entusiasta por la gloria de su patria, lo pasado, lo presente, lo porvenir, la vida del corazon, y la vida pública, todo todo se halla palpitando bajo las ardientes palabras con que el hijo querido, ensalza la belleza de su madre.

Los *Hidalgos de Monforte* nos dieron á conocer una revolucion sombría, ignorada de todos, cuya revolucion siendo como ha sido tan notable por sus tendencias y por el tiempo en que acaeció, no debiera pasar desapercibida por nuestros historiadores, pues ella lleva en sí cierto sello de grandeza, y es de tanta importancia para explicar la marcha del pueblo en pos de sus libertades, que sería de desear que una mano inteligente, levantase el velo con que la imaginacion del poeta la cubrió, y diese á conocer á los sostenedores de ciertas doctrinas, lo que éstas son y han sido eternamente.

El *Lago de la Limia*, por su índole, por los sucesos que la componen, está llamada á la misma escena que los *Hidalgos*, esa hermosa novela que en Sevilla como en Madrid, ha llamado la atencion pública de una manera altamente honrosa para su autor. El *Lago de la Limia* es la narracion engalanada con los atavíos de la novela, de una de las infinitas revueltas que ensangrentaron el hermoso suelo de Galicia,

revueltas que nadie conoce, porque carece de historia propia, de una historia en que se presenten los verdaderos títulos que nuestro pais tiene á la pública consideracion.

El siglo IX es uno de los más brillantes de nuestra historia provincial. Sujeta al yugo agareno el resto de España, el trono de Asturias lo ocupaban monarcas hijos de Galicia y criados en ella, las monarquias de Leon y Castilla, guerreaban con sus vecinos; un pie más de terreno con que ensanchar sus fronteras habia que ganarlo y perderlo cien veces, y cien veces regarlo con la sangre de los vencidos y de los vencedores. Sólo Galicia en aquel entónces, separada del teatro de la guerra, solo ella podia ocuparse como ninguna otra de sus intereses, de sus necesidades: Galicia, pues, que adelantaba sus fronteras por Portugal en donde poseia la actual provincia de entre Duero y Miño, que cogia dentro de sus límites á Zamora, así como por el reino de Leon se adelantaba hasta cerca de Astorga; Galicia, que contaba entre sus ciudades á Santiago, esa ciudad destinada á ser el padron de gloria de aquellos tiempos, en que los romeros llamaban á su puerta, como á una puerta de salvacion, Galicia, pues, presenta en este siglo ancho campo á la fecunda imaginacion del que va á describirla á los que no la conocen.

Difícil es la empresa, la falta de datos arredra de semejantes trabajos en nuestro pais á todo el que quiere dedicarse á ellos, pero esto quiere decir que será mayor el mérito del Sr. Vicetto. ¿Y no es él quien infunde donde quiera que se lean sus obras, un dulce amor á nuestras montañas, una viva curiosidad por conocerlas á los que no las han visitado? ¿No escribe á imitacion de Walther Schot la historia de nuestro pais, no poetizó sus valles, sus mares, sus castillos ennegrecidos, sus arruinadas ermitas, sus viejas catedrales, las torres cubiertas de musgo? ¿No enseña á los que todo lo ignoran y creen á Galicia un pueblo de ilotas, consagrado eternamente á la más vergonzosa servidumbre, que fué un pueblo valiente y generoso, un pueblo que aspiraba eternamente á su independencia, en tiempo en que la opresion teocrática y aristocrática la sumia en el más degradante oprobio? Bastantes lágrimas ha vertido, porque no pudo con su sangre, reconquistar lo que para ella era felicidad; si ha sido vencida, fué siempre despues de la pelea, y la desgracia nunca fue un título de ignominia.

El Sr. Vicetto tiene la gloria de que sus obras *son Galicia*; Galicia con sus montañas y sus lagos, con sus activos condes, sus opulentos abades, sus omnipotentes prelados; con sus hermandades liberales, con sus castillos incendiados, con sus asambleas tenebrosas y con ríos tintos con la sangre derramada en sus batallas; pero en cambio, por mucho que haya declinado el espíritu de provincialismo en nuestras cuatro provincias, por mucho que su indiferencia alcance á todos los que se dedican á esta clase de estudios, creemos que el Sr. Vicetto jamás será olvidado, y siempre, siempre, será mirado y apreciado como una de sus eminencias más distinguidas, como uno de los hijos que más le honraron.

Nosotros, por nuestra parte, no queremos contribuir á esa vergonzosa indiferencia, nosotros queremos decir al poeta con quien nos unen lazos de una eterna amistad: - No sé si la gloria será lo porvenir, pero quedete el consuelo de haber hecho más de lo que se necesita para conseguirla.

MANUEL MURGUIA.

1857.

W. G. M.

BALADA.

Cuando el alva retumba en tu oído
y mirando en redor, con asombro
sin ver nada, repita el sonido,
soy yo que te nombro.

Cuando á solas suspires ó cantes
esas breves palabras, que en mucho
apreciamos los buenos amantes,
soy yo que te escucho.

Cuando madre amorosa en tu seno,
recogiendo tu blando suspiro,
guardes ¡ay! á mi Juan, mi ángel bueno,
soy yo que te miro.

Si al llegar á tu pecho vacila,
y al mirarlo con dulce embeleso
se dilata tu hermosa pupila,
soy yo que te beso.

Si sus manos descansa afanoso,
al dormirlo en tu amante regazo,
no es que busca mi niño el reposo,
soy yo que te abrazo.

Siempre ¡ay! siempre que pienses en vano,
sin poder encontrar un consuelo,
es que no se resigna un cristiano,
soy yo que te anhelo.

Cuando el alma, de dicha y ventura,
en el mundo te ofrezca un tesoro,
rico, inmenso, que nunca se apura,
soy yo que te adoro.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

11 febrero de 1853,

GALICIA PINTORESCA.

EL PICO-SAGRO.

Representaos en vuestra imaginacion una pirámide colosal sobre el horizonte de un valle, un obelisco gigantesco que sale al encuentro de los paisajes de la vega, una montaña cónica, coronada, como la Cibele de la mitología, con fantásticas almenas de cuarzo: hé aquí el *Pico-Sagro* de la *Ulla-baja*.

Esta eminencia es el cráter de los aguaceros y la fragua de los rayos. Es el símbolo del misterio y de la soledad. La pirámide es una figura geométrica que pertenece á la religion desde que se ha colocado sobre los sepulcros. Montaña ó catafalco, la pirámide es la mensajera de una resignada melancolía. El *Pico Sagro* es observado, consultado y espiado por los habitantes de la *Ulla-baja*. Es el padre tutelar de la comarca; es un barómetro colosal. Se parece al abuelo de una familia, que donde quiera que se presente es saludado

con respetuosa veneracion. Sobre su cima descansan las nubes; en el centro de sus prolongadas vertientes se adivinan pavorosas galerías. Los sembrados son impelidos por el viento hacia sus graneros fabulosos; las tempestades que desgajan las rocas apiladas en su cumbre, sobre las veredas abiertas por los aluviones, salen de su cabernoso abismo.

En los serenos días de primavera se destaca en lontananza, realzadas sus aristas por el purísimo azul del cielo, que representa un celaje de costa, multiplica sus margaritas silvestres, renueva las matas de tomillo, descubre los fragmentos de gneis que espejea entre el brezo y la erica (1), y escarcha las cristalizaciones de cuarzo pulimentadas por el agua, brillando sobre el césped como diamantes suspendidos de una corona. Entónces las ovejas sestean en su falda y los pastores duermen sobre sus rocas, entre el milano que se cierne en el aire y la culebra que dilata sus fauces entre las piedras. El valle se reanima, las vidas se enervan, los árboles se pueblan de flores; el rio retira sus aguas, volviendo á sus dueños los prados fecundados por el aluvion.

Durante el invierno, la cima del *Pico-Sagro* desaparece entre las revueltas nubes acinadas sobre sus vertientes, y no asoma su ruosa cabeza hácia la vega hasta que el sol enjuga las márgenes del rio. Sus perfiles se emborronan sobre el fondo oscuro del horizonte, sus rocas se ennegrecen, sus veredas son arroyos. El valle desfallece, los campos se encharcan, los viñedos se cambian en aridos enmaderados, las corrientes del rio hacen zozobrar las barcas. Ha llegado la estacion de las hogueras, de las veladas, de las apariciones y de los cuentos. Las *castellanas* abandonan sus torres señoriales y vuelven á las ciudades.

De esta suerte el valle de la *Ulla-baja* está familiarizado con el *Pico-Sagro*. Existe entre la montaña y la vega una relacion misteriosa, un consorcio íntimo, una alianza duradera, algo de veneracion y algo de miedo.

El viajero que desde la *Casa Blanca* sube á la cumbre del *Pico-Sagro*, refrenando el inquieto trote de un caballo inseguro sobre las estrechas veredas que salen al encuentro, despues de treinta minutos de una ascension impaciente, es sorprendido por la cadena de montañas que se divisan en lontananza recorriendo un dilatado horizonte de siete ú ocho leguas. A la altura de 640 varas castellanas sobre el nivel del mar, se anubla su vista en los oscuros y confusos celajes que se ofrecen en prolongado anfiteatro. Sobre las rocas de la cima, la perspectiva se ensancha, extendiendo su lontananza hasta las bullidoras aguas del océano (2). Busca en derredor una sombra reparadora para templar los rayos del sol, y en la pendiente que está á sus piés descubre cuatro ó cinco arboles desbandados, á cuya sombra duermen las ovejas refrescando su sed en una fuente rústica. Sus piés gravitan sobre el resfriamiento de una inmensa capa de

(1) Vulgo, *carpazas*.

(2) Esta montaña es muy escarpada al N. y O.; más accesible al S., y de escaso declive en su extension hácia el S.

fuego primitivo, En esta caldera se ha petrificado la ebullicion formando rocas caprichosas y fantásticas. Desaparecen los monumentos del arte; desaparecen los hombres; casi se olvidan. El viajero se acerca á la creacion, á Dios. La suave brisa que agita sus cabellos sobre su frente descubierta, tambien estimula á la meditacion, al sentimiento, lo que equivale á decir, á la perseverancia de la fé. Una montaña es el pedestal de Dios. Asi se fatiga el viajero en sus vertientes, se descubre en sus mesetas y se postra en su cumbre. Desde una eminencia se reconoce el poder divino como se distingue el océano desde el palo mesana de una embarcacion. Entónces pronuncia involuntariamente estos melancólicos versos de Lamartine á la soledad:

.....
 Souvent sur la montagne; á l'ombre du vieux chêne
 Au coucher du soleil, tristement je m'assieds
 Je promène au hasard mes regards sur la plaine
 Dont le tableau changeant se déroule á mes pieds

 Que me font ces vallons, ces chaumières
 Vains objets dont pour moi le charme est envolé?
 Fleures, rochers, forêts, solitudes si chères
 Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

Las masas de cuarzo apiladas en la cumbre del *Pico-Sagro* representan grupos sombríos, esculturas fantásticas, escombros seculares y petrificaciones colosales. Aquí un molinito sostenido por una informe aguja imprevisa una pagoda salvaje. Allí tres rocas de escuetas aristas agrupadas en el vértice de la montaña, se asemejan a gigantes de oscuro ropaje, escalando, como los titanes de la fábula, la cumbre de la montaña. Ya se acumulan las rocas en el declive imponente de la cima, como camellos acostados a la sombra de una tienda del desierto, ya se remontan en sombría confusion, presentando las afiladas puntas de sus cristalizaciones, ó los mellados asientos de sus capas, como inmensos chorros de metal caldeado que han enfriado los siglos.

La mole inmensa de cuarzo que se extiende sobre el *Pico-Sagro* está dividida por un profundo anden 61 $\frac{1}{2}$ piés de longitud y 7 de latitud, que ha servido de foso á un antiguo castillo señorial. Al oeste se encuentra la capilla de *San Sebastian del Pico-Sagro*, antigua iglesia parroquial de *Lestedo* (1) y remoto monasterio de *San Salvador de Monte-Sacro* (2). Es una pequeña iglesia de pro-

(1) En el libro viejo de bautizados de Santa Maria de Lestedo se reconoce que desde 1617 no se ha bautizado en San Sebastian de Monte-Sagro. Desde 1779 se bautiza en San Lorenzo de la Granja, incorporado á Lestedo en 1579, como iglesia parroquial, ántes de cuyo año se administraba este sacramento en Santa Maria de Lestedo. Desde 1617 es capilla de San Sebastian de Pico Sagro, cuya iglesia se abandonó como parroquial a consecuencia de su posición topográfica combatida frecuentemente por las tempestades. Desde 1622 existe en esta ermita una cofradía con la advocacion de San Sebastian.

(2) Esta abadía, como la de San Lorenzo de Carboeiro, San Salvador de Bergondo, San Martin de Candoas y otros prioratos, fué incorporada al

longado alero delante de la puerta principal, y con una sacristía detrás del altar. Desde la meseta que facilita su entrada, las masas de cuarzo reposan sobre su tejado. A medida que se descende hácia el valle, las rocas se abultan y la capilla se achica. Desde las vertientes de la montaña, la capilla es un copo de nieve conservada entre las rocas del *Pico-Sagro*. Al lado de la iglesia se conserva un miserable albergue que ha representado años atrás una vocacion cenobítica, á riesgo de que los espíritus maliciosos de la comarca conserven de su habitadora una leyenda del diablo. Al oeste dos alcornoques sombrean una pequeña fuente cubierta de césped, con un dintel tronchado que le sirve de cornisa. A la vera del antiguo camino de los devotos que venian en romería á visitar la catedral de Santiago, en el Carballo das Cambas, existia otra fuente renovada en 1670 para alivio de los peregrinos (1). Sob e el pilón de la *fuelle de Santiago* se habia esculpido en una piedra el romancero religioso de la reina Lupa: dos árboles, un dragon, tres toros, dos discipulos del apóstol, haciendo uno de ellos la cruz al dragon, dos castillos y un león: lo milagroso unido á lo caballeresco, lo devoto á lo señorial.

De los arboles que en lo antiguo cubrian las vertientes de la montaña, al decir de los ancianos, sólo han quedado algunas encinas hácia *San Juan da Cova*. Al nordeste se descubren en el fondo de la pendiente algunos tejares que representan apiñadas colmenas.

En una de las masas culminantes de cuarzo, se ha colocado en 1831 una cruz de madera de 27 piés de elevacion, para salvar al país de los estragos del cólera morbo (2). En 1836, un rayo la hizo astillas. La peste entónces ya era un pavoroso recuerdo. Hacia el oeste, cerca de los peldaños abiertos en el césped por las pisadas de los romeros y de los curiosos, se descubre una de las entradas subterráneas del *pozo del Pico Sagro*. Su desagüe está abierto en cuarzo y cristal de roca (3). Cerca de la capilla de *San Sebastian* tambien se descubria otro camino, que fué cegado por haber caido una pastora en el fondo del precipicio. Se cuentan exploraciones científicas y aventureras que no han pasado de la tercera galería. Los chillidos

monasterio de San Martin Pinario (Santiago) en el siglo XV. Ha debido ser aneja de San Payo en Anteañares (de la misma ciudad), como San Martin de Ozon, San Julian de Sabades y Santa Maria de Tosto, incorporados á aquel monasterio. El *Pico-Sagro*, pertenecia á la jurisdiccion del arzobispo de Santiago, y las monjas de San Payo presentan al curato de Santa Maria de Lestedo. La antigua jurisdiccion de *Lestedo y Monte-Sacro* se componia de las feligresías de Lestedo y Sarandon, cuyo juez ordinario nombraba el prelado compostelano.

(1) Don Pedro de Valdes Feijoo y Novoa, lectoral de la Catedral de Santiago, ha costeado la fábrica de esta fuente

(2) Por disposicion del Excmo. señor Velez, prelado de Santiago.

(3) Segun Schulz (*descrip. geognóst. del reino de Galicia*), Madrid, 1835, página 17), el *Pico-Sagro* presenta la singularidad de ser formado de cuarzo medio cristalizado blanco. Sus cercanías son de gneis, micaceo, granito, y amfibolito.

de las aves de rapiña, multiplicados en las concavidades del pozo, los arroyos desprendidos de las grietas enmohecidas sobre un lago que se adivina, aunque no se vé, los recodos inesperados que fatigan el cuerpo y preocupan la imaginación, y los bordes sombríos de la sima, en cuyo término se estrellará la ciencia y la curiosidad, por las piedras arrojadas en su fondo por los romeros que concurrían a las dos festividades anuales de *San Sebastian*, suspenden al viajero en su fatigable avidez. Algunos fragmentos de cristales de roca recogidos en las paredes del subterráneo no compensan los peligros de rastrear por su angosta embocadura, en corbarse bajo sus escavaciones horizontales, y ser suspendido por una cuerda sobre el fondo de la tercera galería (1).

El viajero busca el azul del firmamento y la suave entonación del lejano horizonte. Escala la meseta de la cima, y vacilan o en medio de las corrientes del viento, como una efigie desclavada sobre su peana, dilata su vista en el extenso panorama que se ofrece a sus ávidas miradas. Desde la cumbre del *Pico Sagro* se descubre el valle de la *Ulla-baja*, sembrado de castaños, robles, pinos, frutales, cipreses, emparrados, maizales y prados en simétrica proporción con las torres de las iglesias, los *horreos* de las aldeas, y los palomares de las casas de campo. Es un prolongado jardín, interrumpido por las corrientes del *rio Ulla*, que aparece y desaparece, murmura do en las pesqueras. Las barcas de *la Barreira* y *Sarandon* cruzan sus aguas como los reptiles de los prados atraviesan al anochecer las veredas públicas. Los molinos sacuden violentamente las trémulas orillas del río, como los esforzados pescadores de una redada encharcan sus piés para espantar las truchas y los salmones. Las torres de las iglesias toman el color del helecho seco. Las casas de campo se achican. Los palomares blanqueados, esparcidos en el valle, que recuerdan el cubo de las fortalezas góticas, se asemejan a los peones de un inmenso tablero de ajedrez. Las montañas salen al encuentro del viajero en revuelto antiteatro. Los campos presentan las suaves graduaciones del fondo de las perspectivas de delicada entonación; el verde desvanecido de los maizales sazonados, se encuentra antes del verdegay de los prados, y se aleja del verde oscuro de las hojas de los robles y de las encinas. Pardas lomas se levantan en medio de la vega, como la tierra removida por los topos sobre la yerba de los prados: son los remotos templos druidicos ó las antiguas atalayas romanas; son los *castros* de la comarca.

Las vertientes de los ríos *Ulla*, *Tambre*, *Miño* y *Sil*, comparecen ante el viajero. La distancia cubre de bruma las apartadas cumbres. Al noroeste se

(1) Los romanos llamaron á esta montaña *Mons-sacer*. *Justino* asegura que tenia criaderos de oro, tomando el nombre de *Sagrad* porque solo al rayo le estaba permitido abrir la tierra para recoger este precioso metal. Las exploraciones geológicas combaten esta autoridad. El pozo del *Pico-Sagro*, abierto por los esclavos y prisioneros bajo la vigilancia de las legiones romanas, habrá proporcionado cuarzo para la fábrica del *hormigon* en las obras públicas de Galicia.

distingue á *Santiago* (1), recostado sobre el monte *Pedroso* y angostado por el monte *Viso*, como una caravana de peregrinos descansando al pié de las torres de la catedral, que el sol descubre como ci-preses seculares. Al sur se remonta hacia las nubes la escuela subida de *Santa Baya*. Al oeste brilla con cambantes indecisos entre los montes *Gesteiras* y *Lápido* la *ria de Arosa*, que desagua en el nacarado celaje de la mar. Desde el *Pico-Sagro* parece el reflejo de las armas de un ejército en movimiento. En esta dirección salen al encuentro las caballerescas torres de *Altamira*, entre severas montañas, como un gigantesco nido de buhos.

El celaje de esta decorada perspectiva es formado por el humo de las *extivadas* que se remonta en prolongadas espirales y se acerca á la loma del *Pico-Sagro*, agrupándose en ligeras nubes bajo los piés del viajero.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Ulla baja, setiembre de 1851.

A LA POETISA CORUÑESA

AMADORA TAPIA

I.

En un vergel seductor
con suavísima armonía,
un ruiñeñor esparcía
dulces cánticos de amor;
otro triste ruiñeñor,
que el dulce canto escuchó,
cantar también intentó,
pero al cantar suspiraba...
¡ay!... tu, eras la que cantaba;
y el que suspiraba... yo.

II.

Y no suspiro, no, por la hermosura
ni por el fuego de tus bellos ojos...
ni el tinte puro de tus labios rojos,
arranca de mi lira esta canción;
suspiro... porque bebo en tus cantares
a torrentes amor... grata armonía...
suspiro... por tu blanda poesía...
suspiro por tu ardiente inspiración!...

Suspiro porque encuentro en tus cantares...
esa dulzura que adormece el alma...
que absorbe el pensamiento en grata calma,
que brinda al corazón a descansar;
y suspiro también porque no tengo
esos laureles que la edad respeta...
esos laureles sacros de poeta
para poder tu númen ensalzar...

(1) Esta montaña que se divisa á larga distancia en diversas eminencias de Galicia, descubriéndose su cima desde los puertos de las provincias limítrofes, dista dos leguas de *Santiago*, levantándose aislada hacia el sudoeste.

Otros tal vez de tu álbum en las hojas
te contarán sus plácidos amores...
y diademas de perlas y de flores
sus canciones tal vez te ofrecerán...
yo... no tengo ni flores ni coronas,
ni amores tengo que poder contarte...
Quisiera mis canciones dedicarte...
pero muy rudas para ti serán.

¡Muy rudas! ¡sí! porque mi lira es ruda
y no tiene de amor el eco suave,
es la lira de un vate que no sabe
cantar endechas de inocente amor:
añadan otros con sus arpas de oro
laureles mil a tu mortal corona...
¡esta humilde canción... solo ambiciona
que un recuerdo consagres a su autor!

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

Coruña.—1857.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON CASTO MENEZ NUÑEZ.

I.

Bañábanse una tarde en las aguas de la playa de Guixar, ría de Vigo, dos niños pescadores, fáciles de aturdirse con la mar rizada por un viento repentino.

Las olas, nada formidables para un marino y colosales para los inexpertos nadadores, llegaron a envolverlos, desapareciendo ambos de la líquida superficie.

Otro niño presenciaba el accidente, y al ver el peligro de los infelices, se lanzó al mar en pos de ellos coronando su empresa con tanta buena suerte, que trajo a tierra las dos víctimas, antes que pudiese prestar auxilio el capitán y marineros de un buque mercante, que con tal objeto se dirigían en un bote al lugar de la catástrofe.

Llegóse el capitán al diestro y valeroso salvador de los pescadores, cuya serenidad y distinguido porte le hacían digno de atención especial.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó.

—Casto Menez Nuñez,—contestó el arrogante jóven.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—¿Eres hijo de Vigo?

—Sí.

—Después de lo que acabas de hacer, necesitas ropa y cuidados, que yo te proporcionaré, acompañándote también a casa.

—Gracias: no.—

Las laconicas respuestas del jóven le hacían más simpático a los ojos del marino, quien, con la ruda franqueza de hombre de mar y de catalán de pura raza, aprisionó entre sus manos la cabeza del mancebo, y examinando atentamente aquella noble fisonomía, dijo con acento seguro:

—Casto Menez Nuñez, tu serás un grande hombre.—

El capitán había adivinado el porvenir.

II.

El primer día de julio de 1824 acariciaron la frente del niño que venía a la vida las embalsamadas au-

ras de los jardines de Vigo, la ciudad besada por aquel mar que es la perla de los mares.

De Vigo eran los ascendientes maternos del héroe, como eran los paternos de Villafranca del Bierzo, región que será siempre gallega, pese a los caprichos de nuestros estadistas.

Estirpe generosa que le honrara y altos ejemplos en que inspirarse tenía el jóven, futura gloria de su patria.

Su familia, de las más antiguas y distinguidas de la comarca, dió a Vigo tres libertadores en épocas inolvidables: en 1617 Don Pedro Falcon de Castro y Don Juan Arias Arbielo, que defendieron bizarramente la ciudad contra las flotas turcas; y en 1809 Don Francisco Javier Nuñez Falcon, doctor en derecho, uno de los gefes de la reconquista de Vigo y de los mártires de Alba de Tormes.

Fueron hermanos de éste el sabio benedictino Fray Manuel Nuñez Falcon, electo General de la Orden (1); Don Joaquín, brigadier de la Armada, muerto en 1835; y Don Antonio, oficial de marina, malogrado en el sitio de Astorga en 1809.

La pintoresca y solitaria quinta donde rodó la cuna de estos dignos españoles, albergó también en el primer momento de la existencia a tres beneméritos oficiales de artillería, sobrinos suyos, Don José, Don Joaquín y Don Manuel Nuñez, que murieron en 1823, defendiendo la libertad, el primero en la Coruña, el segundo en Pamplona y el último en Valladolid, los tres en el corto término de veinticinco días.

Un año después, amontonando ejecutorias sobre tan noble casa, la excelente Señora Doña Tomasa Nuñez, hermana de los valientes que citamos y esposa de Don José Menez Ponce de Leon, dió sangre de su sangre y vida de su vida al último vástago que ilustró su apellido, Don Casto Menez Nuñez, cuyo nombre constituye hoy el preciado florón del honor de España.

A principios de 1828 pasaron sus padres a Marín, y en setiembre de 1831 se establecieron en Pontevedra. Cuando nuestro protagonista cumplió diez años de edad, tornó a Vigo, en donde hizo los estudios elementales y preparatorios para examinarse de guardia marina. Entónces oyó la profecía que le auguraba brillantes destinos, y dejó las riberas natales para empezar su carrera en la Armada el 23 de marzo de 1840.

Hendió por primera vez las aguas del Ferrol el 15 de enero de 1841, a bordo del Nervion, mandado por Lerena.

Su entusiasmo fué inmenso. Aquel corazón, que apenas había latido diez y seis primaveras y que estaba sediento de vivas emociones, se vió al fin satisfecho con las dos grandezas dignas de la suya; el mar y el cielo.

III.

Hasta el fin de la guerra civil navegó Menez Nuñez en el Nervion por la costa de Cantabria.

En 1842 hizo un viaje a Fernando Póo, distinguiéndose de suerte que se le rebajó tiempo para ascender a alférez de navío.

Pasó al vapor Isabel II y después al Volador, en el cual se encargó de la instrucción de los guardias marinas, hasta que hizo un viaje a Río de la Plata, estudiando prácticamente con notabilísimo afán la ciencia náutica.

Regresó en 1848 y formó parte de la división de

(1) En el «Heraldo Gallego» de Orense y en la «Concordia» de Vigo se publicó un artículo nuestro recordando a este ilustre mozo. De aquellas páginas reproducimos estas referencias.

Italia. De real orden se le dieron las gracias por sus servicios y fué nombrado teniente de navio el 19 de noviembre de 1850, dias de su soberana.

Con un temporal desecho condujo en la goleta *Cruz* la correspondencia de la Habana. Su salvacion se tuvo por maravilla: el cielo le reservaba para mayores empresas.

Nombrado sucesivamente gefe del vapor *Narvaez*, de la corbeta *Berenguela* y de la urca *Niña*, se le llamó á Madrid en 1855 para auxiliar los trabajos de secretaría del ministerio de marina.

En esta época tradujo del inglés el tratado de *Artillería Naval* de Sir Howard Douglas, mereciendo de nuevo la gratitud real y haciéndose notar en el documento la laboriosidad del marino, que en un brevísimo plazo y sin desatender ni un dia las funciones de su empleo, dió por terminada la interesante obra.

Continuando sus viajes, pasó á Filipinas, en donde se puso al frente del *Jorje Juan*; y ya capitán de fragata, mandó en gefe las fuerzas del Sur de Visaya.

Entonces radiaron los primeros fulgores de la estrella de su fortuna.

Los piratas mahometanos de Mindanao habian construido un fuerte ó *cotta* inexpugnable, contra el cual era inútil la artillería.

La columna de asalto que intentaba por tierra la toma de Pagalugan, se vió gravemente comprometida en la empalizada hecha por los enemigos.

Contemplaba Mendez Nuñez desde el mar las operaciones; y apreciando el peligro de las tropas, determinó echar sobre sí toda la responsabilidad con una empresa de héroe.

Da fuerza á la máquina, embarranca su buque en el fango, entra el botalon de foque por una tronera del fuerte, hácese puente el bauprés, cae el marino como un rayo sobre los atónitos moros, y corona la más brillante victoria la hazaña de Mendez Nuñez.

La nacion le premió con el ascenso á capitán de navio el 30 de enero de 1862.

La fama llamó sobre él la atención general, y España se glorió de contarle entre sus hijos.

IV.

No es posible relatar aquí detalladamente las expediciones del valeroso gallego.

Multiplicando sus servicios, ya se hallaba en la península dirigiendo el negociado del personal en el ministerio de marina, ya en los apostaderos de las Antillas, ya en la campaña de Santo Domingo, siempre alcanzando relevantes testimonios del aprecio de sus superiores.

Su reputacion de marino hábil y experto le valió el mando de la fragata blindada *Numancia*, que habia de ser la prenda más digna de su gloria.

Autorizado para dotar el buque, — distincion har-to singular, — se encargó de él en Cartagena el 24 de diciembre de 1864.

Debía la *Numancia* realizar la navegacion más larga y peligrosa emprendida hasta nuestros dias por barcos de su clase, calado y dimensiones; así es que al anuncio del viaje al Pacifico por el estrecho de Magallanes en una fragata blindada, el mundo marítimo fijó sus ojos en el osado español que partía de Cádiz hácia aquellas tormentosas aguas el 4 de febrero de 1865.

El génio protector de los Nodales y Gamboas cernia sus alas sobre Mendez Nuñez, heredero de los atrevidos navegantes que habian saludado el mar naciendo también en las costas atlánticas gallegas y le

habian precedido en su borrascoso paseo por las olas del polo.

Tocó la *Numancia* en Porto Grande, islas de Cabo Verde, donde repuso el carbon, siguiendo á Montevideo, en cuyo puerto entró el 13 de marzo, sin pérdida de un solo hombre apesar de los 102 grados de calor del sollado.

De Montevideo salió el 2 de abril con el transporte *Marqués de la Victoria*: ámbos buques navegaban bien, sin más inconveniente que excesivo calentamiento del eje y coginetes de la fragata, lo cual movió á Mendez Nuñez á reconocerla en la embocadura del rio de la Argentina.

Siempre en demanda del Estrecho, tomó la *Numancia* carbon del *Marqués de la Victoria*, y el comandante de aquella dispuso que el transporte esperase en el puerto del Hambre para poder dar aviso en caso de un siniestro en la temible travesía.

Con densísima niebla y viento duro del S. E. siguió adelante la *Numancia*, tocando en el puerto del Hambre, el 14, dos dias antes que el transporte, perdido de vista por la cerrazon.

Los patagones visitaron los buques, trocando por baratijas de Europa sus armas, pieles y joyas (1).

El 18 salió la fragata á Fontescue, en donde fondó á la una y media de la tarde del 19, no sin amago de un combate con una corbeta peruana perezosa en largar pabellon.

A la noche fueron á la *Numancia* los patagones de Puerto Galan, más altos que los otros é igualmente salvajes.

El 20 encendió sus ocho calderas nuestro buque, pasando sin dificultad el Crooked-Reach con neblina y rachas del S. E.: tocó en Playa Parda, dejó el Long-Reach, atracó en Tierra de la Desolacion y descubrió el cabo Pilares.

A las cinco y media de la tarde del 5 de mayo señoreó la hermosa fragata el Océano Pacifico.

Tal fué el felicísimo paso del Estrecho de Magallanes por la *Numancia* al mando de D. Casto Mendez Nuñez.

Los dos continentes aplaudieron la colosal empresa; y en recuerdo de ella, se fotografió el buque, y acompañando las copias con el diario de la navegacion, se enviaron por el de España á todos los gabinetes navales extranjeros.

Antiguera, segundo de Mendez Nuñez, fué nombrado comandante de la *Numancia*.

El gefe de la expedicion se promovió á brigadier de la Armada.

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

(Se concluirá).

ECCE-HOMO. (2)

Nos dijo que se llama el Padre Diez con turba faz y aguardentosa voz, y larga á los oyentes cada cox que llega á peligrar su robustez.

Hay quien osa decir que es largo pez y á pesar de su aspecto asáz feroz, le deleitan los pollos con arroz y se bebe un azumbre de una vez.

(1) Estas prendas, con otras muchas notabilísimas recogidas por Mendez Nuñez en la expedicion del Pacifico, se hallan en el gabinete etnográfico del Museo arqueológico de Madrid.

(2) Este «soneto» hace el retrato de un Padre reverendo que por su intemperancia fué objeto de la crítica de las personas más respetables.

Yo en su diestra al mirar la santa cruz,
considero que fuera más feliz
empuñando el seráfico arcabuz...

Désque de predicar tuvo el deslíz,
la moral no se encuentra ni con luz
y hay que entrar, apretando la nariz.

JUAN NEIRA Y CÁNCELA.

Vigo, 1873.

TRADICIONES RELIGIOSAS DE GALICIA.

EL SALTO DE SANTIAGO.

I.

Habíamos madrugado mucho aquel día.

A la ondulosa y progresiva luz de la mañana, los objetos empezaban a recortarse en lontananza con sus exactas proporciones, con sus colores, con sus movimientos, con su vida, como si despertaran de un sueño profundo a los primeros rayos del alba;—imagen diaria de la creación al salir del caos, de inimitable grandeza y poesía, en aquel momento en que las medias tintas del gran cuadro dan una entonación majestuosa, á cuanto se diseña, cuanto se relieves en el horizonte.

Constituyen un territorio bellissimo, digno de la curiosidad del geólogo, del pintor y del poeta, aquellas enormes montañas que faldea el Sil al penetrar en Galicia. Es sumamente impresionable, y máxime á esas horas en que va á salir ó desaparecer el sol, aquel panorama de gigantescos obeliscos de granito que se destacan sobre el fondo oscuro y lúgubre del firmamento, ó que esculpen sus caprichosas formas en el risueño océano de verdura que una vejetación vigorosa ha reunido á sus plantas. Los rios, las cascadas y los torrentes que habeis visto en los sombríos paisajes ó en las melancólicas inspiraciones de nuestros pintores, los encontrareis allí indudablemente. Allí, entre aquellos peñascos cubiertos de musgo, y entre aquellos corpulentos nogales que inclinan sus copas sobre los abismos y pendientes rápidas.

Cuando el Sil, engrosado con las aguas del Bisuña, se lanza impetuoso y rugiente por aquel cauce undoso, formado por los rectos flancos de la dentada sierra de Pardollan; cuando sus espumosas ondas se desvanecen en los poéticos valles de Sobradelo y Villamarín, sin una roca que se oponga á su precipitado curso; cuando deja de oírse, en fin, aquel extrépito de su marcha á través de negras y escalonadas rocas, y las arboledas de Corven lo cubren enteramente con su frondoso ramaje, entónces el paisaje cambia enteramente. Cuanto pierde de selvática grandeza y de sombría majestad, gana en colorido y hermosura.

Allí, á su ruido atronador y eterno, suceden los cantos de las aves; á sus rocas agrupadas en espantoso desorden, vistosos árboles frutales; y á su cielo oscuro y nebuloso un cielo azul, orlado de fantásticos celajes.

Es una transición hidrogeográfica, como diría un geonosta; pero una transición sorprendente. El

Sil recorre un terreno pintorescamente quebrado, propio de la estructura geológica de un terreno montañoso, que el Señor levantó como un dique en un extremo de Europa, para contener el impulso de los dos mares más dilatados: el océano atlántico y el cántabro. El Sil es el rio de las baladas del Norte. Ningun rio baña más ruinas de castillos feudales, de monumentos religiosos y de monasterios saqueados y devastados por el furor popular.

Poético como su nombre, tiene también su mito de las épocas primitivas, ó antehistóricas, y sus *menhirs*, *castros* y *mamoas* de la época de los celtas. Los romanos cambiaron su curso para extraer mejor el oro de sus márgenes; los suevos levantaron templos y palacios en ellas; los moros mezquitas y atalayas, los cristianos de la reconquista neogermana castillos y conventos, y los cristianos del día *quintas*. Cada raza, cada generación ha dejado impreso en sus orillas las huellas de su paso, porque no han reformado destruyendo, han reformado elevando. Las piedras de un castillo sirvieron para una atalaya, y las de una atalaya sirvieron para un castillo: las piedras tumulares del céltigo para una mezquita, y las de una mezquita para un monasterio. Hoy todas esas piedras que labró el celta, el romano, el suevo, el árabe y el cristiano de los tiempos del feudalismo, son *quintas*, gracias al papel contra el Tesoro.

Estas son las vicisitudes de la fisonomía monumental del Sil, que pueden tomarse por las de su fisonomía moral,—porque, como se dijo acertadamente, la historia política y moral de un país, la dejan escrita en piedra las generaciones que se suceden.

Poco más ó ménos, todo esto se ve en cualquier país, cuya riqueza territorial es origen de sucesivas dominaciones,—pero lo que más particulariza al Sil, lo que lo individualiza más y le da más poder sobre los otros rios, y aún esplendor, si se me permite esta palabra, son sus *aureanas*.

¿Sus aureanas? Si... las lindas jóvenes que, desde que el sol sale hasta que se pone, se dedican á extraer oro de sus orillas.

¿Oro? Si: Dios ha querido conceder á las márgenes del Sil innumerables partículas de este precioso mineral.

Sus aureanas son, pues, sus ninfas, sus náyades fantásticas, sino reales, que os saludan amablemente, os miran y os hablan con la sencillez rústica de aquellas soledades. es verdad, pero que por eso no dejan de impresionaros aquellas bellezas como las de los salones artísticamente decorados.

Hemos dicho que el Sil es el rio de las baladas del Norte, porque en el Norte de nuestra España no hay rio más enriquecido de supersticiones poéticas, que robustecidas por la tradición, pasan en nuestros días como episodios de la historia nacional, olvidados por el padre Mariana.

II.

De Aron á Traver hay una legua escasa: el país es sumamente variado y pintoresco como dejamos dicho: los primeros rayos del sol todo lo embellecían con su luz de oro,—y cuando llegamos á esta última parroquia, sin separarnos nunca de las már-

genes del Sil, participábamos de esas impresiones tan gratas del viajero que atraviesa un país delicioso como el sueño de una virgen: de cuando en cuando, entre las rocas ó los árboles de la orilla, veíamos agitarse una aureana, pintorescamente inclinada sobre el río, con su saya encarnada, su jubon de veludillo lapiz lázuli, y su cofia ó pañuelo blanco á la cabeza. Allí, en aquellas asperezas, en aquellas soledades que corta el murmurante Sil, las aureanas parecían unos seres fantásticos de las baladas del Rhin, ó las náyades no ménos fantásticas de la mitología. Lo que en otros varios ríos fué ó es un hijo de fantasía de poeta, un canto de Ossian, allí, en el Sil, es una realidad.

— ¡Oh! seguramente que nada más poético que la existencia de aquellas pobres virgenes de quince años, á quienes sus padres envían á la orilla del Sil ó que ellas, ya por efecto del habito contraído, permanecen allí de sol á sol.

Entre la ría de Valdehorras y Villacastin, en el camino de Castilla, encontramos una mucho más linda y seductora que cuántas viéramos hasta allí. Era bella y melancólica como la Minla de Ossian, como la Gulnara de Byron, como la Malvina de Oscar. A ella le debemos la tradición del Salto de Santiago, que vamos á consignar.

— ¿Ven ustedes ese peñasco que tienen delante? nos preguntó indicándonoslo.

— Era un gran peñasco blanquizco que se hallaba orilla del río. Nosotros hicimos una inclinación de cabeza.

— Pues bien, — continuó la bella aureana, — mirénlo ustedes mejor.

Nos aproximamos impulsados por la curiosidad que nos infundía el misterioso modo que tenía de designarnoslo, y vimos esmaltadas en él las herraduras de un caballo.

— ¿Y esto?... — preguntamos... — ¿Que quiere decir esto?

— Son las del caballo de Santiago.

— ¿El apóstol?

— El apóstol.

— ¿Y en señal de qué suceso se hallan así?

— ¡Oh! en señal de uno muy grande! — encareció ella.

— ¿Cuál?

— En su época... allá en la época en que los romanos eran dueños de este país, y el Santo Apóstol principiaba la milagrosa persecución de aquella gente, se le ofreció hacer ver el influjo divino al pasar por aquí con un puñado de cristianos.

Hallábanse dos mugeres romanas ó galaico-romanas lavando ropa en la otra orilla del río, y viendo al apóstol montado en su caballo blanco, lo reconocieron y lo insultaron burlándose de sus milagros.

— Santiago: — le digeron por último con gran desafuero: — si en efecto eres santo y haces tantas maravillas, pasa aquí con tu veloz caballo y creeremos en tu Dios.

No había puente alguno por esta parte, y el río ya ven ustedes, es muy ancho, tiene más de cuarenta varas.

A la provocación de las indígenas galaicas, Santiago quedó algún tiempo inmóvil, en oración, y sus secuaces no apartaban de él los ojos.

Cuando concluyó su rezo, guió su caballo á ese peñasco que le mostré á ustedes, hizo la señal de la cruz, picó al corcel, y ¡zas! se plantó de un salto junto á las mugeres romanas, las cuales, á vista de aquel prodigio, quedaron convertidas en dos peñas blancas.

Al concluir la aureana su tradición, dirigimos la vista á la orilla opuesta, — y en efecto, frente á la roca de las herraduras se veían dos peñas blancas.

¡Notable particularidad! ¡No se veía otra peña más en la falda de aquellas montañas!...

BENITO VICETTO.

1850.

LA HADA DE LOS MONTES.

Virgen divina, de leves alas,
que alegre vuelas en el abril;
hendiendo el viento con bellas galas;
desconocida, viva y gentil.

Virgen que á veces allá en lo oculto
de la espesura sueles volar,
y entre los aires del monte inculto
luego te llegas á evaporar.

De esas tus alas el dulce ruido
y de tu paso el grato son,
no lo percibe nunca mi oído,
pero lo siente mi corazón.

Te oí mil veces allá en mi infancia,
sobre los montes de nuestra Erin;
y de tus galas sutil fragancia
siempre dejabas cerca de mí.

No sé quien eres, ni sé hácia dónde
ó vés, ó vuelves ni con que fin;
ni sé si antes, cómo ni donde,
ni en que otro tiempo te conocí.

Si fué en la gándara de Carboeiro,
de Oca en los prados, ó de Bujan,
en las alturas de Portomeiro,
ó entre las nieblas de Barrañán:

Si fué en las blandas riberas de Esto,
ó junto á Brántuas, ó en Angeriz;
si allá en las rosas de Corcoesto,
ó en las gargantas de Gomariz.

Si en la postrera marina bruma,
si en el del Prado tierno color,
si de un escollo en la alva espuma,
ó de una estrella en el fulgor.

Si entre las hojas armoniosas
que mueve el recio viento Soan;
ó entre las furnas, ó entre las rosas,
ó entre las olas de San Adrian.

No sé... más tengo tu bella historia;
no sé tampoco do la aprendí;
ni sé por donde la mi memoria
guarda recuerdos dulces de tí.

Eres celeste reminiscencia,
tal vez de vida que pasé ya;
tal vez presagio de otra existencia,
de otra existencia que al fin vendrá.

Virgen del celta de amigos astros,
de aquellos celtas de gran valor,
quizá descendes; y entre sus castros
vives guardando su tradición.

Y pues la cárcel que al hombre encierra,
placer no halla, trégua ó solaz;
deten un poco sobre la tierra
tu vaporosa carrera audáz.

Y adios diciendo al triste y denso
confín que el hombre suele habitar,
nos lanzaremos en el inmenso
y azul espacio, volando al par.

EDUARDO PONDAL. (1)

1870.

GALICIA ARQUEOLOGICA.

Monumentos célticos en el noroeste de la provincia de la Coruña.

En el monte de Codeiro, cerca de Corcoesto hay 46 dolmenes célticos (arruinados).

En el camino de Cormes á Brantuas, sobre la vertiente que descende del Faro á esta última parroquia, unos seis ó siete. En el que conduce de Tella á Tallo, en un parage inculto, como unos ocho.

Dos en Carballo; uno en una chousa que está al Norte del pinar llamado de Labarta, y otro en la altura de Miron. Dos en Borneiro, camino de Vilaseco á Fontefria; otro cerca de Iñaño (Cabana), otro, camino de Brantuas á Carballido yendo por la dehesa del Rey.

Ocho ó diez en el monte de Tella, llamado de la Mina, y en el de Seixos de Angame; y uno ó dos cerca del puente de Cardeso, río abajo. Consideramos á la piedra vacilante de Mugia como un fenómeno enteramente natural.

No hemos encontrado menhires, barros, croml-hechs ni otro género de monumentos célticos, á no ser los castros, en el territorio de Bergantiños; solamente sospechamos que sea un altar céltico la llamada Serpenta, que hay á la bajada de la cuesta de Gondomir, parroquia de San Adrian de Corme.

EDUARDO PONDAL.

1874.

EL ANGEL DE LA FUENTE.

BALADA.

Al pié de rústica fuente
trenzando el fino cabello,
ví una tarde al angel bello
que ocupa siempre mi mente.

Su talle esbelto y gentil
se reflejaba en las ondas...
y en su frente como blondas
ondulaban rizos mil.

En torno suyo las aves
cruzaban por la enramada,
entonando una balada
con sus notas mas suaves.

El ángel soñando amores
parecía que anhelante

(1) Traducida esta poesia del gallego por don Victorino Novo y Garcia.

esperaba algun amante
que le recogiera flores.

Hermoso estaba en verdad;
y al mirar tanta hermosura
yo le dije con ternura:

— «Perdona si te amo ya!

Por contenerme son vanos
mis esfuerzos.. bien lo véis;
déjame besar tus piés,
déjame besar tus manos.»

Con dulzura sonrió
aquel ángel en la fuente...
se inclinó sobre mi frente
y en la frente me besó.

Desde entónces .. no más ví
al ángel que tanto adoro;
de de entónces por él lloro,
sin consuelo para mí!

Clama por él mi pasión
y nunca, nunca lo encuentro:
¡sólo su beso está dentro,
dentro de mi corazón!

WALDO ALVAREZ INSUA

Estrada, 28 de enero de 1874.

GALICIA ZOOLOGICA.

LOS LOBOS.

(Continuacion.)

Nada basta para hacerles soltar la presa. Aseguran algunos, que sino ven los perros, se meten resueltamente á coger la oveja que más les agrada, pero, si sucede lo contrario, entónces se unen varios lobos, distribuyéndose, unos para atacar al perro y otros para dar la caza, repartiéndola en seguida. También está muy admitido por nuestros montañeses que coge las ovejas por una oreja y, si no anda, le dá con el rabo, con lo cual logra su objeto.

Igualmente afirman que elige una oveja flaca para poder escapar mejor con ella, y que la echan á la espalda con objeto de correr mas comodamente: esto me hace recordar un escudo de armas, que vi en este pais, el cual en uno de sus cuarteles tenia un lobo negro con una oveja blanca terciada sobre el lomo, lo cual indica que esta fábula corre ya hace mucho por Galicia. Tanto estos como otros cuentos igualmente inverosímiles, ya se pueden ver en las obras de Plinio y demás autores antiguos. (1)

Los lobos atacan á toda clase de ganado, pero no siempre pueden lograr su objeto. Cuando trata de acometer una yeguada, todas las bestias se reúnen, forman, un círculo con las ancas hacia afuera, dentro del cual encierran las crías, y el caballo padre corre todo al rededor en ademan hostil y belicoso. Las demás permanecen inmóviles, con la cabeza baja para ver lo que pasa al exterior. El lobo llega, pero al quererse aproximar le reciben á coces tanto las que forman el círculo como el caballo padre, hasta que lo matan, ó convencido de la imposibi-

(1) Trad. de Huerta, libr. VIII, cap. XXII folio 176 vuelto.

lidad de penetrar en el círculo ni saltar sobre alguna, se retira. Pero, alguna vez sucede, que logra avalanzarse á las ancas de alguna: entónces el desórden entra en tan respetable cuadro, cada cual marcha por su lado, dando relinchos y escapando por el bosque á todo correr; mientras que el lobo saborea la infeliz que cayó en sus garras.

Muy parecido es lo que sucede con los toros; la diferencia está en que éstos, presentan la testuz armada de sus magnificas puas para recibir al enemigo. Estos como los caballos se defienden aún cuando se hallen solos, pero entónces el combate es muy desigual, siendo raro que el lobo quede vencido.

Es tan fuerte como prevenido, llevando su atrevimiento al extremo de penetrar en las granjas guardadas por los perros, procurando hallarse con uno sólo. Si es jóven, se le acerca brincando, revolcándose por el suelo y haciendo toda clase de contorsiones, con lo cual logra inspirar confianza al inocente animal, que engañado por tal ardid, se le aproxima, juega con él, concluyendo por tener la mayor confianza. El lobo lo vá alejando poco á poco de la casa por medio de sus carreras y brincos finjidos, y al tenerlo á una distancia conveniente, en medio de los juegos, lo estrangula, llevándolo á mayor distancia para devorarlo. Una táctica bien diversa emplea con los perros que por su tamaño y fuerzas pueden hacerse respetar; principian por acercarse lo necesario para poder ser visto: entónces el perro trata de defender su casa, se precipita sobre el lobo, lo acosa y logra arrojarse de sus dominios; pero si el perro se contenta con esto, el lobo vuelve de nuevo, le fuerza por mil ardidés á salir, hace que huya, se pára como para resistir á su persiguidor, huye de nuevo y así entreteniéndolo al leal mastín, le obliga á salir fuera de la granja lleno de rabia y deseoso de dar una lección á tan atrevido adversario; pero á los pocos pasos el pobre animal se halla con dos enemigos, que abalanzándose sobre él lo matan traídoramente por más valor y fuerzas que despliegue. En seguida los dos asesinos se reparten el botín.

No es nada raro, en los inviernos rigurosos, ver á los lobos entrar en las aldeas, llevándose en pleno día y á presencia de todos, las gallinas, corderos, y lo que es más doloroso, sucedió también arrebatár un inocente niño á la puerta de la casa de sus padres, sin que ni la gritería de todo un pueblo, ni los tiros, fuesen suficientes para hacerle soltar la presa.

Pero cuando se hace más temible es durante la noche; entónces pierde la prudencia, resolviéndose á todo con la mayor intrepidez. Si encuentra á un viajero que lleve algún perro, lo sigue á cierta distancia, esperando la oportunidad de apoderarse de él, arrebatándosele á veces de entre las piernas; otras veces, tiene la paciencia de acompañar leguas enteras á las personas á caballo, y cuando halla ocasion favorable, se abalanza al cuello del pobre animal, estrangulándolo; pero por mucha que sea el hambre, jamás el lobo emprende un ataque arriesgado sin tantear ántes perfectamente todos los riesgos que pueda correr y el modo y manera de evitarlos.

VICTOR LOPEZ SECAÑE.

(Se continuará.)

SU DESTINO.

FANTASIA.

Busco anhelante la causa de esta pena,
nadie responde por do quier que voy,
este silencio ¡ay tristes! me encadena:
casi comprendo lo infeliz que soy.
AMADORA TAPIA.

I.

¡También tú en el desierto de la vida!
también tú con recuerdos de otro mundo
lanzada en este piélago profundo,
para gemir en él sin desecansar!
También tú como un alma perfumada
por los aromas de un edem perdido,
maldecida del cielo, condenada,
otra atmósfera ¡ay! á respirar!

¿Quién comprende, mujer, quien adivina
el misterio, el secreto de su suerte?
¿Eres acaso exhalacion divina,
ó eco de las arpas de Sion?
Por fuerza es de otro mundo esa armonía
que brotan á raudales tus cantares,
cuando al viento confias tus pesares,
cuando busca un consuelo tu afliccion.

Si. Es de otro mundo. Al resvalar remeda
la pompa de soberbia catarata,
y en sus alas robustas arrebatada
un concierto de voces celestial.
Es de otro mundo tu mirar, tu acento
que resuena en el alma melodioso,
como un suspiro tierno y amoroso
exhalado de un pecho virginal.

¿A qué ¡ay! dejarte esa vision de gloria,
esa imágen fantástica de un cielo,
cuando te dan para prision un suelo
y una cadena que arrastrar en él?
¿A qué dejarte un corazon de fuego
todo amor, todo vida y sentimiento,
si ni un eco, ni un triste pensamiento
ofrece el mundo á tu asiendad cruel?

Si encontráres al fin otro infelice,
que como tú gimiera desterrado,
que como tú llorara condenado
esta cadena misero á arrastrar.
Si un rayo de su pecho descendiera
á disipar la noche de tu alma,
entónces ¡ay! contigo bendijera,
el privilegio aciago de cantar.

Más ¡ah! que vuestro rumbo está marcado;
aves de paso, esta mansion de llanto
cruzaís indiferentes, sin encanto,
anhelando el instante de morir.
Hollando el polvo de este infausto mundo
vais clavando los ojos en el cielo:
por eso nadie vuestro amante vuelo
consigue ¡ay Dios! á esa region seguir.

II.

Y tú, sér misterioso, ¿á qué viniste?
¿á qué viniste á perturbar mi paz?

si me encontraste tan postrado y triste
¿por qué has desaparecido tan fugaz?
Mi pobre juventud... mi desventura
¿no te arranca un suspiro de dolor?

III.

¡Ay! ya bien lo comprendo, que mi plegaria
(ardiente
ha sido el ¡ay! mezquino de un pecho mundanal,
y tréces de otro mundo, de otra region luciente:
tu amor es el de un ángel... el mio... de un mortal.

Suspende, ángel, suspende tu vagaroso vuelo
permite que un momento te vuelva á contemplar,
aunque me dejes sólo eterno desconsuelo
y el triste privilegio de amarte y de cantar.

Si errante, si proscripto aún tienes misteriosa
en este aciago valle condena que cumplir,
desciende, y acompaña mi ruta silenciosa,
y estréchame en tus brazos al tiempo de morir.

Más si tornas al cielo, si dejas á este mundo
para perderte luego allá en la eternidad,
ámame sólo un día, con ese amor profundo,
y desde allá un recuerdo consagra á mi horfandad.

SATURNINO ALVAREZ BUGALLAL.

Coruña.—1853.

LA BARONESA DE FRIGE.

IX.

Brétema.

La recepcion de la baronesa en su solar de Frige, preparada por mi, la albagó extraordinariamente. Gaitas, cohetes, arcos de flores, todo eso vulgarísimo pero de gran efecto en aquellas soledades, podía considerarse en algunos momentos como la ruidosa explosion del sentimiento popular en honor de sus antiguos señores:—hasta los pájaros volando de rama en rama, asustados por el extrépito, parecían animarse para saludarla. Esas recepciones, de que ya sólo quedan muy tenues reminiscencias en nuestras montañas, es el resplandor postrero, el postrer rayo de luz de la gran hoguera del feudalismo, apagada en sus últimos atrincheramientos por la democracia moderna.

Al ver á Piedad sentada en el gran sillón señorial de la inmensa cámara del palacio de Frige, é inclinándose delante de ella todos sus colonos y arrendatarios como en homenaje, me parecía asistir á la proclamacion de una pequeña reina de la edad media; y para que la idealidad fuera completa, no faltaban al lado de la baronesa, de pié y con grave continente como si fueran sus ministros ó consejeros, los curas de la baronia y alguno que otro señorón de las cercanías, pariente ó amigo de sus padres.

Despejóse por fin el salón de aquella avalancha de labradoras y labradores vestidos de gala, que se esparramó rugiente por los alrededores de palacio á bailar y victorear con frenesí,—y quedó en él lo que pudiéramos llamar la corte de la pequeña reina, entre cuyos individuos tomé asiento como ministro de hacienda de la barona.

El abad, que apesar de la reuma se habia hecho conducir á palacio, era el que más departía con la baronesa, abrumándola á felicitaciones por su salud y belleza, y á pésames por su horfandad y su escasez de recursos. En esto último parecia insistir el buen abad intencionalmente, y por lo mismo, la venta de Um-

bar fué la lanzadera de la conversacion. Todos, todos decían á la baronesa que si fuera una gran desgracia para ella la pérdida de su madre, mayor habia sido la venta de la abadía. Nos hallábamos, pues, en minoría Piedad y yo, contra aquella turba de clérigos y rancios católicos que sostenían la escena.

—Pero, señores...—decía la baronesa con cariñosa espontaneidad—¿para qué me servía Umbar? ¿Qué utilidades me rendía?

—Pero los objetos venerandos, los objetos que respetaron y cuidaron nuestros padres—respondía el abad á guisa de predicador,—debemos respetarlos y cuidarlos igualmente.

—Oh, sí!—coreaban todos.

—Convenido,—apoyó la baronesa,—pero cuando hacen falta recursos para hacer frente á necesidades supremas, el respeto y el cuidado desaparecen con harto dolor de nuestro corazón, y los objetos que nos inspiran ese respeto y cuidado igualmente que á nuestros padres, tenemos que reducirlos á oro para hacer frente á esas necesidades imprescindibles.

—Sí;—persistía el abad,—pero entre esos objetos de veneracion, deben ser los últimos, los últimos de que uno se desprenda, aquellos que en nada se rozan con nuestra santa religion, como decía... como decía San Genaro.

Los circunstantes acogieron con una señal de asentimiento, estas palabras del abad.

Piedad frunció el ceño.

—Segun eso—dijo irónicamente,—antes que desprenderme de Umbar, debí enagenar este solar donde nacieron y vivieron mis padres, donde nací y me crié yo, y donde ahorame albergo. No, señores, no; á grandes males grandes remedios, y ántes que desahacerme de lo útil, hice bien en desahacerme de lo inútil.

—Inútil!!—exclamaron todos espantados;—inútil una casa del Señor!!

—Inútil,—repitió Piedad con firmeza; inútil porque nada me producía en renta, y yo necesitaba dinero.

—Y el temor del infierno!...—exclamó el abad.

—¿Qué infierno?—preguntó la baronesa infantilmente.

—El infierno donde han de ir á abrasarse eternamente los que no respetan las cosas de Dios!

—En efecto!—exclamaron todos.

Entonces no pude ménos de terciar en el debate. Respeto siempre á la religion cristiana y á toda religion mientras se mantiene en sus justos límites, mientras tiende á elevar el alma de la criatura hácia el Creador; pero cuando su objeto se falsea y se convierte en explotacion inícuo, y á nombre de un idealismo grosero, aterra más que convence, no puedo contenerme y me lanzo sobre los malvados, arrancándoles la máscara de hipocresía con que se encubren.

—El infierno,—digo con mi voz poderosa,—el infierno no existe. El infierno lo inventaron los que, desando hacerse dueños de la sociedad en absoluto, necesitaron de esa arma para aterrar con ella á los débiles ó más bien á las gentes oscuras. Si el infierno fuera una verdad, otra conducta más santa y más en armonía con su sacerdocio, adoptarían los que en todas partes pregonan la certeza de esos horrores. El cielo y el infierno es la propia conciencia de uno, así en esta vida como en la vida eterna.

Mis palabras caían como bombas entre aquella turba de farsantes. A medida que las pronunciaba, palidecían y se agitaban violentamente en sus sillas, concluyendo por levantarse casi á la vez,—y extendiendo los brazos hácia mí como horrorizados, exclamaron á una:

—Hereje!!

—Impio!

—Blasfemo!

La baronesa empezó á reirse de la actitud ridicula de cada uno y del efecto general y cómico del cuadro.

Yo me levanté á mi vez,—y repuse con voz tonante:

Herejes, impios y blasfemos son los holgazanes que explotan bárbaramente al prógimo, chupándole el oro y la sangre como unos vampiros... Herejes, impios y blasfemos son aquellos que han *ideado* un Dios á su modo, y *saquean* al prógimo expidiéndole patentes de *gloria* para otra vida... Herejes, impios y blasfemos son aquellos que...

No pude proseguir... Se arrojaron todos sobre mí con los puños levantados, gritando de saforadamente:

—*Fueral! fuera! á la hoguera! á la hoguera!...*

La baronesa dejó entonces de reirse. Ligó como una gacela, saltó de su sillón y se plantó magestuosamente entre mí y los energúmenos.

—*Atrás!!*—gritó—en mi casa nadie me falta así, y mi casa debe ser tan sagrada para toda persona de educación, como ustedes desean que lo sea la iglesia. Además, la inconveniencia de criticar la venta de Umbar, la venta de lo que es mío, apenas pongo el pie en el hogar de mis antepasados, nada la justifica. Si mi administrador faltó á ustedes, de ustedes partió la provocación.

—Por san Genaro!—exclamó el abad sin darse por rendido,—yo, tanto en mi casa, como en la iglesia, como aquí, como en la montaña, donde quiera que oiga hablar mal contra nuestra santa religión, me arrojaré sobre el infiel que ose hacer tal.

—Y para qué?

—Para castigarlo.

—Eso no lo ordenó Jesucristo, señor abad. Jesucristo atría por la razón y la dulzura, no por los puños. Imitad, pues, al manso cordero del Calvario...!

—Con el señor German es imposible la razón, señora baronesa; pues no atiende á más razones que las tuyas, voto á san Genaro!

—Pues si las tuyas son malas, si sus creencias son malas, abandonadlo a ellas: ¿podeis darle un castigo más cruel? V., señor abad, cree que sus palabras son de luz y cree con ellas penetrar en la oscuridad de su alma; el señor German no lo cree así; dejadlo, pues. Dios tomará en cuenta su bella actitud de V. al paso que castigará en él su incredulidad. ¿Qué no cree en el infierno mi administrador! Y qué! por eso hay que arrojarle sobre él como parteras y dar escándalos en público! —No, eso jamás lo hizo ni lo haría Jesucristo si descendiera otra vez junto á nosotros.

—Es que... un administrador semejante en nada te favorece, Piedad,—objetó gravemente el mayorazgo de Queiroso, algo pariente de la baronesa.

—Señor de Monselan, lo que me favorece y no me favorece, es una cuenta propiamente mía y de Dios; —pero si el señor German, por no creer en el infierno considera V. que es mal administrador de la baronía, yo me someto á su criterio de V., exclusivamente de V., á quien debo tantas deferencias desde niña,—y el señor German será despedido si V. me lo aconseja así.

Me abandonaba!

Aquellas palabras de la baronesa me helaron de terror.

Ya no me importaba que la clericalla me venciera. Lo que me importaba era que Piedad se descartara de mí como de un mueble, arrojándome de su lado, lejos de la luz de su hermosura, lejos del círculo embriagador de su atmósfera, y entonces ya no

podría gozar del atractivo de sus encantos tan íntimamente como yo me prometía.

Todos miraban al señor de Monselan como pendientes de lo que iba á decir aquel anciano potentado de Nemiña, cuya casa de Queiroso era opulenta. El permanecía cabizbajo y meditabundo... mientras que yo sentía zumbidos dolorosos en el cráneo como si fuera á estallar... Yo, también lo miraba á la vez que los demás... y él levantando por fin los ojos del suelo, miró rápidamente para mí... Yo no sé lo que hubo en el choque eléctrico de nuestra mirada, yo no sé lo que pudieron decir mis ojos á los suyos, yo no sé que pasó de luz y sombra entre ámbos que sentí renacer la esperanza en el fondo del alma.

El anciano se adelantó hácia mí con cortesía.

—Señor German—me preguntó pausadamente en medio del silencio que reinaba—V. cree en Dios?

—Con toda la inteligencia de mi sér, señor de Monselan.

—Pero... entendámonos, señor German: V. cree en el Dios que yo creo y todos nosotros?

—Segun...—tartamudé como necesitando más explicaciones.

—Señor German—acentuó el mayorazgo con energía,—V. cree en Dios, bien; pero no cree en Nuestro Señor Jesucristo ¿no es verdad?

Yo padecí. Si decía la verdad, era despedido de Frige; si la ocultaba, podría quedarme. Heché rápidamente una mirada á lo interior de mi sér á ver si mi alma podía ser hipócrita, siquiera respecto á aquella cuestión incidentalísima de mi vida, y me flaquearon las piernas porque mi conciencia no admitía la superchería.

—Señor German—volvió á decirme mayorazgo de Queiroso, viendo que no contestaba,—sé lo que pasa por V. en estos momentos y compadezco el extravío de sus creencias; —pero como espero llevar la luz del convencimiento verdadero á la oscuridad incrédula de su alma, V. continuará en Frige; V. continuará cerca de mí para volver al redil, oveja descarriada.

En seguida se volvió á la baronesa y le dijo:

—Sobrinita mía... hemos llevado las cosas muy al extremo, lo confieso. El Sr. German debe continuar de administrador de la baronía, y á lo hecho pecho, y á lo dicho dicho.

Y volviéndose á todos los clérigos, les gritó teatralmente:

—Señores, á la mesa! —y allí brindaremos bien ó mal por la llegada de la baronesa, segun haya dispuesto la comida el Sr. German. Se corre el telon sobre lo que ha pasado, y... á comer y á beber!

El anciano mayorazgo dió el brazo á Piedad, dirigiéndose con ella al comedor, á donde se precipitaron en pos todos los curas.

Solo yo me quedé inmóvil en el salon, viendo salir de él la bella figura de Piedad, y tan abstraído en esta contemplación que aun despues que ella traspuso la puerta, aun su imágen brillaba ante mis ojos, imprimiéndose espiritualmente en mi sér.

¡Perdóname Florentina, dulce memoria de mi vida! Estaba enamorado ciego y vivamente de aquella muger, que me atraía hácia sí con una fuerza de tracción tan singular, cuanto que apenas se había fijado en mí.

Y al impulso de esta sensación que vibraba en mi organismo, reconstituyendo mi sensibilidad para el amor, pronto saí también del salon, ocupando mi ahumado asiento en la mesa, el último entre aquella falange de curas.

B. VICETTO.

(Se continuará).